

BIBLIOTECA CENTRAL

SERMÓN

PREDICADO EN LA PARROQUIA DE GUANAJUATO EL 12 DE DICIEMBRE
DE 1866, EN LA PRIMERA MISA DE UN NUEVO PRESBITERO.



*Fidelis sermo: Si quis episcopatum
desiderat, bonum opus desiderat.*

Fiel palabra: Si alguno desea obis-
pado, buena obra desea.

1. Tim. III. 1.

BIEN habéis hecho, Señores, en congregaros pa-
ra celebrar las glorias de nuestra madre María.
Bien hacéis en venir á tributar á nuestra di-
vina protectora el homenaje de gratitud y reconocimien-
to á que cada año adquiere mayores derechos, con los
nuevos y señalados favores que nos prodiga. Desde que,
hace tres siglos, descendió del cielo para habitar entre
nosotros sobre la humilde montaña del Tepeyac, no ha
cesado de darnos pruebas de su valiosa protección; no
ha dejado un instante de mostrarse madre de los mexi-
canos. A cada aniversario de su gloriosa aparición, por

más que busquemos motivos de dulces quejas contra nuestra venerada patrona, no podemos encontrar sino nuevas razones para darle gracias por su continuado patrocinio. Recorramos uno á uno los años que hemos vivido sobre la tierra; abramos la historia de los que precedieron á nuestro nacimiento, y más y más nos convenceremos de que ingrato y aleve es el mexicano que en día tan solemne no prorrumpe en himnos de gozo en loor de María de Guadalupe.

Veremos que no bien se quema el primer grano de incienso ante su sagrada efigie, y ya la semilla Evangélica se difunde por donde quiera en nuestro suelo, gracias á su poderosa intercesión. La prosperidad siempre creciente de la Religión católica, y el rápido adelanto de las ciencias y las artes á la sombra de nuestros florecientes monasterios, llama luego nuestra atención; y la paz, la tranquilidad, el bienestar de nuestra patria por un larguísimo período, da nuevas alas á nuestra gratitud. Algunas páginas, es verdad, encontramos manchadas de sangre; otras que sólo recuerdan los estragos del hambre y la peste; otras en que con letras enlutadas se ve escrita la palabra *persecución*. Pero con la sangre derramada en esta vida de prueba, se han castigado á tiempo crímenes que merecieran penas eternas en la futura; las calamidades enviadas por el cielo sirven para arrancar nuestros afectos de las cosas perecederas de la tierra; la persecución, mientras más encarnizada, más y más purifica á los escogidos del Señor. No tenemos, pues, sino motivos de reconocimiento hacia nuestra Reina y Señora; y ya parezcan prósperos ó adversos los sucesos de los años que han trascurrido, nuestro deber es siem-

pre entonar himnos de gracias, variando tan sólo de cadencia á medida que varían las gracias recibidas. Yo os felicito porque al venir hoy á postraros ante la sagrada efigie de nuestra Madre, vuestra piedad ha excogitado un nuevo modo de mostrar la gratitud que inflama nuestros pechos, ofreciéndole en holocausto uno de los mejores hijos de nuestra ciudad, que hoy solemnemente inaugura su ministerio sacerdotal, inmolando por primera vez sobre las aras el Cordero sin mancha. A tan nuevo espectáculo, un nuevo cántico se requiere, y destinado á entonarlo en vuestro nombre, tiembla mi voz incapaz de corresponder á la magnitud de la empresa.

¡Reina y Madre nuestra, María de Guadalupe! En tu honor estamos congregados; en tu honor voy á desplegar mis labios: ayúdame, protégeme, inspírame.

AVE MARÍA.

Grandioso es en verdad el cuadro que nos presenta un sacerdote que en la flor de su edad se apresta por la vez primera á subir las gradas del altar del Señor, del Dios que llena de santo regocijo su temprana juventud. Todas las miradas se dirigen hacia él; todos los pensamientos se concentran en el acto sublime que excita nuestra admiración; cesan todas las consideraciones extrañas, y nuestra mente queda absorta al contemplar el poder del nuevo ministro del Altísimo. El que hace poco era igual á la multitud que ahora se postra á sus piés, el que ayer pertenecía á la plebe de la Iglesia de Cristo, hoy ha sido constituido pastor; hoy ha recibido la potestad de atar y desatar; dentro de breves instantes su voz poderosa

hará descender al Rey de los cielos á quien veremos en las consagradas manos del nuevo ministro.

¿Qué cristiano habrá que no se conmueva con tan sublime escena? ¿Qué católico será tan insensible que no dé gracias al Señor, que por caminos tan admirables llama á sus escogidos, y poniendo la mira en sus humildes siervos los eleva al rango de amigos suyos y dispensadores de sus ricos tesoros? No dudo, Señores, que tales son los sentimientos que os animan, y que todos eleváis vuestras preces á nuestra Madre y Señora María de Guadalupe, para que cobije con su manto al sacerdote que hoy la honra á nombre vuestro, ofreciéndole las primicias de su ministerio.

Pero quizá entre las sublimes consideraciones que llenan vuestro espíritu, surgen, á pesar vuestro, otros pensamientos menos sagrados, y mirando al nuevo Levita con los ojos de la carne y de la sangre, lo juzgáis perdido á sí mismo y á la sociedad, porque, depuesta la ignominia del traje seglar, se ha unido á Dios y á su Iglesia, con vínculos que ni la muerte será capaz de romper.

Consolaos: que en tiempos más difíciles, en tiempos en que no sólo el ser sacerdote sino el ser cristiano era baldón y oprobio á los ojos del mundo; en tiempos en que el recibir la imposición de las manos era prenda segura de que el hacha del verdugo separaría sin tardanza la consagrada cabeza, el grande Apóstol de las Gentes escribía á su predilecto discípulo. *Si quis episcopatum desiderat, bonum opus desiderat*; el que aspira al sacerdocio, el que suspira por consagrarse á la santificación de los fieles, el que anhela por dedicarse al servicio del Señor suministrando el pan de los ángeles y predicando la di-

vina palabra á la grey, si quier pequeña, si quier grande, que le fuere confiada, nutre en verdad santos deseos, abriga nobles aspiraciones, desea sin duda una obra buena, una obra insigne, una obra sublime. Estas palabras del Apóstol son las que intento explicaros en el presente discurso.

El que aspira al sacerdocio en todos tiempos, pero especialmente en los aciagos en que vivimos, acomete una grande empresa con respecto á Dios; hé aquí su primera parte: una grande empresa con respecto á sí mismo; hé aquí la segunda: una grande empresa con respecto á la sociedad; hé aquí la tercera. No os fatigue el escucharlo; el asunto es tan grandioso que, aunque revestido de bien sencillo y aun desaliñado ropaje, bien merece cautivar largo rato vuestra atención.

PARTE PRIMERA.

Servir á Dios en la vida presente para después gozar de su vista en el cielo; hé aquí el fin para que el hombre ha sido creado. Ni más feliz será el Omnipotente con nuestra dicha, ni se disminuirá en nada su gloria si nos obstinamos en hacernos desgraciados. Pero el que es infinitamente bueno sólo anhela nuestro bien; y si se abajó hasta formar nuestro cuerpo del limo de la tierra, si sacó de la nada el alma inmortal de que gozamos, fué para hacernos bienaventurados, fué para recrearse en nuestra felicidad. ¡Fin grandioso, Señores, y digno del Sér infinitamente misericordioso que lo concibió: fin sublime en que no podemos meditar sin que nuestra mente se confunda al contemplar la bondad del Señor!

Pero hay otro sér que se opone á la realización de ese fin grandioso. El Demonio, apenas lanzado de su trono de gloria, dirigió todos sus esfuerzos á frustrar los santos designios del Creador sobre nosotros, y no es desconocido el triunfo que obtuvo en el paraíso. Desde entonces la vida del hombre, antes tranquila y apacible, se

tornó en una continuada batalla: *militia est vita hominis super terram.* (Job VII, 1.) Enemigos visibles, enemigos ocultos, enemigos fuera, enemigos dentro, nos asaltan sin tregua á cada instante, y al paso que amenazan nuestra felicidad desafían á Dios y pretenden disminuir su gloria.

A los que, engolfados en los negocios del mundo, miran tan sólo las cosas presentes, el asunto de nuestra eterna felicidad y de la consecución de nuestro último fin, parece despreciable y de poco momento. Pero aunque rehusemos engolfarnos en los arcanos de la Teología, y penetrar en las profundidades de las ciencias filosóficas, basta un instante de reflexión para conocer su vital importancia.

¿A quién no confunde la idea de todo un Dios que abandona su trono de gloria, y se reviste de nuestra carne mortal? Los tormentos y la muerte afrentosa sufrida por el Hijo del Altísimo; los inmensos trabajos y fatigas á que se sujetó por nosotros, nos hacen comprender cuán preciosa es nuestra alma, y la infamia eterna que pesará sobre nosotros, si escuchando las sugestiones del Demonio, dejamos perder el fruto de la amarga pasión del Dios Humanado.

Pero ¡cuán grande no será la recompensa del que haga caer sobre sí la sangre preciosa derramada por el Redentor, y escudándose con ella de las asechanzas del Demonio, logre penetrar triunfante en el reino de los cielos! Y si no contento con buscar su propia felicidad, con aspirar á conseguir él mismo el fin para que Dios lo creara, se resuelve con ánimo generoso á secundar la obra que trajera á la tierra al Verbo Divino y á tra-